

Saldaña! le descubrieron la Santa Bárbara; le olieron la podrida; y al aparecer de nuevo en el comedor...

—Vamos, señor Saldaña, le dijo un pollo. Una copita de cognac con nosotros.

—Sí, á la salud del señor Saldaña.

—¡Y qué bueno está! Se conoce que usted compró los licores.

—A la salud de usted.

—¡A ver más copas!

—Falta Federico.

—¿Conque les parece á ustedes bueno el cognac?... dijo Saldaña sin poder disimular su ira.

—¡Oh, excelente! dijo un pollo bebiéndose una segunda copa.

—Pero si no tomas algo, se te sube, le dijo otro pollo, toma este *sandwich*.

—¿Es de jamón?

—Sí, ¿quieres otro?

—No.

La botella de cinco ceros pasaba por todas las manos menos por las de Sal-

daña, á quien obsequiaban á porfía todos los pollos, con una sopa de su propio chocolate.

Ya no era posible contener la avalancha. El olor del cognac había llegado hasta la sala para llamar á los aficionados, que estaban en mayoría.

Siguió el del tirabuzón obsequiando á propios y extraños, muy ufano de su previsión y de su talento.

—Vea usted, le decía á otro pollo. Yo en estas cosas lo primero que hago es echarme á la bolsa mi tirabuzón.

—Muy bien hecho.

—¿Quiere usted Jerez?

—No, prefiero cognac.

—Tiene usted razón; es de primera.

—Mira, chico, le dijo un jovencito á Federico; vamos ahorrando una botella de este cognac.

—¿Para qué la quieres?

—Se la tengo ofrecida á Patrocinio.

—Así yo también ofrezco; cógela si quieres.

—Pues déjame pasar.

El pollo se escurrió por entre los demás hasta ponerse al alcance del cognac, y en el momento en que todos le daban la espalda puso la botella en la faltriquera de su levita.

—Vamos, señores, dijo Saldaña sin ser apenas oído, y viendo que la langosta estaba en plena posesión de todo lo comible. Es necesario que las señoras tomen algo.

—Bueno, yo me comisiono, dijo un pollo tragándose medio *panqué*.

Saldaña, con una confianza de tendero, con el desparpajo del despecho, y con el mal modo del cansancio, volteó sobre una gran charola toda una canasta de pasteles, que cayeron, como debe suponerse, en lastimoso desorden.

¡Qué tal sería la cosa, donde los pollos acostumbrados á ver caer el maíz y otras cosas, sin cuidarse de anverso ni reverso, sintieran al ver caer los paste-

les un escrúpulo de estética y se pusieron á voltearlos boca arriba!

Salió un joven á ofrecer pasteles á las señoras, mientras un grupo disponía la batería rayada sobre otra gran charola que llevaban entre dos; habían colocado algunas docenas de copas de todos tamaños, y otros dos pollos escanciaban indistintamente vinos dulces, anisete y sobre todo, cognac.

—No sirvas tanto cognac, que es para las señoras.

—Si todas beben, chico. Ya lo verás.

—No seas hablador.

—A la prueba, chico; ya verás que pocas son las que prefieren vino.

Seguidos de otros dos jóvenes que llevaban botellas, para *refaccionar*, según ellos decían, salieron los de las copas, precedidos por Saldaña, que iba abriéndose paso entre la multitud agrupada en las recámaras.

Difícilmente podían circular los obsequiantes á espaldas de los que bailaban,

y la fila de las señoras que permanecían sentadas, y más de una vez se corrió peligro de un desaguisado; pero si las charolas no sufrieron percance en su viaje de circunvolución, no sucedió lo mismo con los pasteles. Mientras un pollo levantaba el codo para engullir un pastel lleno de crema, un valsador desenfrenado, que llevaba á la de Camacho en carrera vertiginosa, dió con el hombro al codo levantado, y voló el pastel de crema á estamparse en el vestido azul de la mamá de las criaturitas de Saldaña.

Lupe, al sentir el proyectil, lanzó un grito involuntario y se levantó violentamente, pretendiendo, aunque tarde, librarse de aquello: el pastel resbaló por la falda y saltó á la alfombra donde la crema se extendió á sus anchas.

—Se van á caer con eso.

—¿Se manchó el vestido, señorita? preguntó á Lupe un valsador.

—Mire usted, dijo ésta, enseñando un chorreón amarillento á lo largo de su vestido azul.

—Tome usted mi pañuelo.

Una señora aceptó el pañuelo y limpió con él el vestido. Entretanto, Saldaña, que estaba en todo, había corrido á la cocina gritando:

—¡A ver acá! ¡una con un trapo para limpiar la alfombra!

—Vaya usted, doña Pachita, dijo una de las fregatrices que había repetido la ración de anisete; vaya usted, que es de la casa, porque nosotras *semos* extraordinarias.

Entró Francisca á la sala con un trapo mojado en la mano, pero en señal de respeto se puso el rebozo y se cubrió con él la cabeza.

Francisca era lo que se llama, propia ó impropriamente, un *garbanzo*: un poco relamida y menos desaseada que la generalidad del gremio. Usaba las con-sabidas enaguas de percal tocando al

suelo, un saco holgado de la misma tela y el nacional rebozo.

Las primeras familias de los conquistadores que venían á tomar asiento en las Indias preferían para su servidumbre á los indios que comenzaban á masticar el castellano; y aunque al principio la servidumbre se mantenía con ración de maíz y chile, poco á poco fué transigiendo con las viandas españolas, lo cual era considerado por los demás indios como una prevaricación y como un pecado de lesa nacionalidad.

Una de las semillas importadas por los españoles fué el garbanzo, leguminosa de que ningún puchero español se ha privado desde antes del Cid. El conquistador importaba, pues, entre otras muchas cosas para su regalo, los garbanzos que por muchos años han seguido viniendo de la madre España, no obstante su fácil aclimatación y cultivo en México. El indio, pues, que además de chapurrear el idioma de los

blancos, comía de los garbanzos del amo, se llamó *garbancero*, en señal de desprecio patriótico; y este mote, perpetuado hace trescientos años, se ha vuelto sustantivo con el uso, para aplicarlo con doble maliciosa intención á la criada joven. De tal manera, que si la Academia de la lengua hubiera de prohijar los modismos de las antiguas colonias españolas, siquiera para ilustración de los que lean los relatos de nuestras costumbres, adicionaría su noticia sobre el garbanzo con estas dos aplicaciones:

«GARBANCERO: pr. Méx., criado doméstico de la clase indígena, ó bien mestiza, que habla castellano y come garbanzos.»

«GARBANZO: criada joven con las mismas circunstancias que el *garbancero*.»

Por otra parte, no necesitamos especificar ni explicar el enlace ideológico que existe entre *garbanzo* y *pollo*, porque esas analogías pertenecen á la vida estrictamente privada; pero no debemos omitir á fuer de fieles narradores que

Francisca no atravesó la antesala, y más especialmente el corredor, sin sufrir algunos empelloncitos y algunos pellizcos cariñosos. (Histórico, y proverbial en la crónica de las cocinas, y de los bailes como el que hacía Saldaña.)

—¿Cómo le fué á usted, doña Pachita? le preguntó la fregatriz locuaz.

—Como me había de ir, contestó Francisca enfadada.

—¿Qué fué usted á limpiar?

—*Pos* ese como atole que tienen por dentro los pasteles.

—¿Como huevo?

—Sí, espeso.

—Se llama *clema*, dijo la cocinera.

—Yo cuando hubiera entrado á la sala, continuó la fregatriz que respiraba anisete. Los *probes* á la cocina.

—¡Demonios de rotos!

—¿Qué le hicieron á usted, doña Pachita?

—Nada, que no pueden estar sin *pelizcarla* á una, contestó Francisca

restregándose con los dedos el antebrazo izquierdo.

—Ya lo ve usted, doña Pachita. No; ¡yo cuándo! No porque una sirve...

—¡Pos ya se ve!... Uno es que una sea *probe* y otro que...

